

Daniel Chavarría

ADIÓS MUCHACHOS



EDICIÓN ORIGINAL  
Letras Cubanas, La Habana, 2002

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Septiembre de 2013

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Daniel Chavarría

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro 35-1A  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
RGM  
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.  
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN  
978-84-15313-59-5  
DEPÓSITO LEGAL  
NA. 1211-13

txalaparta 

A Hilda, por la sabia sonrisa con que acogió esta novela;  
a Daniela Chavarría Bass, porque le toca

1996  
De la bicicleta a la pantalla

CUANDO ALICIA DECIDIÓ PROSTITUIRSE EN BICICLETA, su madre consintió en vender un anillito que llevaba cinco generaciones en la familia. Le dieron 350 dólares. Y por 280 compraron una bicicleta inglesa, montañera, de gomas gruesas, con muchos cambios de velocidad, sobre la que Alicia inauguró su cacería de extranjeros adinerados.

Sin embargo, dos meses después, cuando Alicia perfeccionara su técnica de seducción callejera, se deshizo de la bicicleta inglesa. Le dieron a cambio 120 dólares y un pesadísimo armatoste chino, con el que elaboró el truco de su caída en plena calle. Y ahí fue cuando comenzó su verdadero éxito.

El fraude fue concebido y ejecutado en un patio de la calle Amargura. El encargado fue Pepón, un bicicletero experto en CICLOMECÁNICA SUSTITUTIVA, según rezaba en la chapa de aluminio garabateada con letras de óxido rojo, que publicitaba sus servicios a la entrada del solar.

Por dos botellas de aguardiente, Pepón sustituyó la tuerca del eje, por un pasador que Alicia podía fácilmente zafar. Le bastaba con agacharse un poco sin dejar de pedalear, y con un leve tirón, podía provocar a su antojo, en cualquier momento, el aparatoso desprendimiento del pedal.

La escena seguía con un frenazo debidamente ensayado, que proyectaba a Alicia boca abajo (y culo arriba) sobre la calzada. Con uso de guantes y un poco de práctica, Alicia logró dominar la simulación convincente de aquella caída. Y sin tener que lamentar siquiera un raspón.

El accidente ocurría siempre veinte metros delante del carro de algún extranjero, previamente encandilado por el meneo de aquellos glúteos de campeonato, en esforzado vaivén fricativo sobre el sillín muy alto.

Y cuando un carro que debía pasarla, reducía su marcha, la dejaba adelantar y luego se le colocaba detrás, ya ella sabía, inequívocamente, que un pez había caído en sus redes.

EN UNA AMPLIA SALA DE REUNIONES del Ministerio del Turismo, diez personas conversan alrededor de una mesa donde caben muchas más. Se han dispuesto servilletas, ceniceros, botellas de agua mineral. Dos elegantes secretarias llevan papeles de un lado a otro. Un camarero sirve café.

Un hombre muy apuesto (MR. VÍCTOR KING, según dice en la base de acrílico que tiene delante) se pone de pie, camina hasta un atril que sostiene un gran mapa de Cuba y coge un puntero para señalar algunos lugares del litoral norte. Luego alarga el otro brazo y señala varias cruces en la parte más baja. Como una aureola del mapa, aparece también la plataforma submarina en distintos tonos de verde claro, amarillo y blanco, según la profundidad. King habla en perfecto español, con acento mexicano.

—Y como explicaba antes, en todos estos puntos azules alrededor de la Isla, tuvieron lugar naufragios de galeones entre 1596 y 1760. Sobre 22 de ellos hay abundante información en archivos históricos, y consideramos que constituyen un privilegio cubano, único en el mundo, que permitiría concebir en estos mares un turismo náutico, participativo, asociado a la búsqueda de tesoros submarinos.

Detrás de una pared de vidrios opacos, dos secretarias comentan:

—Un caramelo el tipo...

—Igualito a Alain Delon.

—¡Verdáaaa...! Ya sabía yo que se me parecía a alguien...

Terminado el señalamiento, Víctor vuelve a la mesa de negociaciones y se dirige a uno de los personajes que tiene enfrente:

—Como usted ve, señor ministro, hay mucho por donde cortar.

El ministro se dirige directamente al que ocupa el puesto inmediato al de Víctor, MR. HENDRYCK GROOTE. Se trata de un rubio de estatura media y rostro sonrosado, agradable, de unos cuarenta años. Es calvo, y usa bastante largo el escaso pelo que tiene alrededor de las sienes y la nuca. Viste una guayabera muy amplia.

—Sí —dice el ministro—, yo ya he leído el informe. El proyecto es muy interesante; pero según los especialistas que he consultado, para iniciar una búsqueda de naufragios sin poner en peligro el futuro de nuestra arqueología submarina, hay que contar con equipos costosísimos, del orden de los 20 millones de dólares. ¿Estarían ustedes dispuestos a una inversión de ese volumen?

Y se queda mirando a los demás, seguro de haberlos impresionado.

MR. JAN VAN DONGEN, un hombre con una nariz fenomenal, que ha oído las últimas palabras del ministro mientras le enciende un cigarrillo Cohiba a Groote, interviene en inglés:

—Sr. ministro: Para el proyecto nuestro, 20 millones serían muy insuficientes...

—¡Coño, qué nariz! ¿Y ese quién es?



—Se llama Van Dongen... Dicen que es el perro guardián del millonario Groote...

—...porque trabajaríamos simultáneamente en diferentes puntos.

—Y si echamos adelante este proyecto—lo interrumpe Groote—, nuestra inversión en el equipamiento será superior a los 120 millones...

Hendryk Groote habla inglés con marcado acento extranjero (alemán u holandés), y a pesar de tener facciones delicadas, su mirada es aguda y sus modales algo autoritarios... Fuma rápidamente, con una mueca de desagrado, sin tragar el humo. Observa con fijeza al ministro.

—...que sumados a los 230 millones para la construcción de los tres hoteles, elevarían nuestra inversión a 350 millones.

EN SU AFÁN POR EXHIBIR SENOS, NALGAS, MUSLOS FUERTES, las jinetas de La Habana suelen vestir prendas mínimas. A veces, la mercancía grotescamente expuesta tiene cierto encanto naïf. A veces inspira tristeza, o risa; rara vez un mordisco.

Alicia también se exhibe.

¿Provocativamente?

Desde luego: toda promoción comercial es esencialmente impúdica. Y si las mercancías son justamente las partes pudendae, con más razón.

Pero la oferta de Alicia solo provoca cuando monta en bicicleta. A pie, se ve imponente, bella, pero nunca impúdica ni grotesca. Porque se vale de un estilo suyo, original, que ella misma ha diseñado con ayuda de su mamá.

Cuando sale a la caza de extranjeros, Alicia viste unos shorts blancos, levemente holgados, a media pierna. Prenda de tenista; prenda decente que le permite ostentar sus inquietos tobillos y los ruborosos hoyuelos de sus corvas, sin pasar por jinetera.

Desde luego, la miran mucho. Imposible verla venir de frente sin volverse a comprobar su retaguardia. Glúteos de crema sobre la copa de unas pantorrillas esbeltas que inspiran piropos sórdidos, de «ay, mamita, si yo te cojo...».

Hay quienes la suponen turista. Cuando Su Sexualidad se apea en las calles de La Habana, anima a algunos, entristece a muchos que se saben condenados a pasar por la vida sin probar jamás una hembra semejante; excita a todos; pero no se ve obscena. Luce deportiva y elegante. Ella no se ha prostituido en pos de dólares rápidos como el viento, sino para atrapar a un extranjero rico que la haga su mujer o querida, con dólares serios, residienciados en un banco, preferentemente en Suiza.

Alicia quiere asegurarse un futuro y la obscenidad no es su línea.

Sin embargo, sus shorts están preparados para una lujuriosa exhibición de nalgas en medio del tránsito habanero. Todos los shorts de Alicia tienen seis botones, tres a cada lado. Ella misma los ha cosido en hilera vertical, sobre la mitad inferior de cada costura. Y para montar en bicicleta, se desabrocha los seis, so pretexto de que así abiertos, se le facilita el pedaleo. Luego se dobla la pretina para ajustársela más en la cintura y sacar a plaza otros cinco centímetros de muslos rotundos. Y ya encaramada en la bicicleta, las puntas de sus nalgas libérrimas entran en acción, chas, chas, frotación alterna, dale p' aquí, dale p' allá, sobre el lustroso sillín muy alzado, de modo que los incómodos pedales la obliguen al alucinante cachumbambé.

Y para que nadie la vaya a confundir con una prosti, carga una mochilita en bandolera, con una regla  $\pi$ , de dibujo, y dos largos rollos de cartulina. ¿Ingeniería? ¿Arquitectura?

Alicia ya no es estudiante; pero lo fue hasta dos años antes, cuando cursaba la Licenciatura en Lengua Francesa. Hoy día dispone de un permiso estatal para trabajar como *free lancer* en traducciones. Y en su cuadra ha hecho correr la bola de que eventualmente la contratan para tareas de interpretación. «¡Ve tú a saber..!», dicen los malpensados. Desde luego, nunca falta quien se huela su putería, pero ella no incurre en nada que alarme a la vigilancia revolucionaria.

Además de su francés impecable, Alicia habla inglés desde niña; y últimamente, gracias a dos italianos sucesivos que

le proporcionaron un intensivo de 19 días (12 con Enzo y 7 con Guido), ya tiene barruntos de la lengua del Dante. Está bien dotada para idiomas. Excelente oído fonético. Y estudia con empeño. Pregunta insistentemente, repite y se hace corregir la pronunciación. A Guido le maravillaba que tanto vocabulario, de una sola vez, se le quedase remachado en el cerebro para siempre.

—*Ecco, ribadito sul cervello!*

Y al carcajearse con su papada flácida, le sobaba el culo. Se sentía el inspirador. Halagado, claro.

Al despedirse, Guido le había hecho prometer que seguiría estudiando. Cuando regresara, en unos ocho meses, él iba a examinarla. Y si aprobaba, le daría un premio.

—*D'accordo?*

—*Va bene.*

Y si Alicia le cumplía también lo de aprender algunas canciones en italiano, el premio sería una invitación a Italia.

Alicia se acompañaba con guitarra el viejo *feeling* cubano, algo de Serrat, la Piaff, Leo Ferré, Jacques Brel; pero a Guido se le antojó oír con aquella voz soñolienta, sensual, de ronca sonoridad, el repertorio de Domenico Modugno, Rita Pavone y otros de sus *favoriti* de los sesenta.

Una semana después, Alicia recibía por DHL un diccionario, un manual, seis cassettes y un cancionero italiano, con amorosas acotaciones de puño y letra de Guido.

Lástima que Guido fuera tan gordo, coño. Además, no era lo suficientemente rico. Ganaba unos 12 mil dólares mensuales, pero no tenía una lira en el banco, ni propiedades, ni un carajo. No ofrecía ninguna esperanza de heredarlo. Se definía como «anarquista en tránsito hacia el socialismo»... ¡Figúrate! Y soltaba unas trovas románticas, como que el dinero tenía que ser su esclavo; él nunca sería esclavo del dinero, y otras boberías por el estilo. Sin embargo, era bueno, ocurrente, generoso. Y no era mal palo, Guido. Pero muy comemierda. ¡Qué lástima!

LAS JINETERITAS DE LA HABANA, en especial las debutantes, que son la mayoría, ambicionan cenar en restaurantes de lujo.

Alicia prefiere atender a los clientes en su propia casa. Si dispone de los ingredientes, la cocina de su madre resulta aceptable para cualquier paladar. Margarita empaniza muy bien el camarón, prepara enchilados de langosta; y desde que la niña putea en dólares, su despensa está bien surtida de mariscos, condimentos y enlatados para salsas rápidas. Tampoco le faltan cervezas y vinos blancos en botellas empañadas de frío. Es parte del plan. Nunca se sabe en qué momento Alicia llegará con un visitante al que acaba de conocer.

En su casa el cliente no paga nada. Todo corre por cuenta de las anfitrionas. Se trata de corresponder a una cortesía. El extranjero ha sacado a Alicia de un apuro con su bicicleta y ha tenido la amabilidad de transportarla. En reciprocidad, ella lo invita a un trago, a dos, y ¿por qué no?, a probar unos camarones que su madre ofrece. Sí sí, por favor, oh no, ninguna molestia, justamente acababa de prepararlos.

—Parece que le caíste bien —comenta Alicia en voz baja, y de paso, inaugura el tuteo con su cliente.

Al definir una coordinación para atender primeras visitas, Alicia había establecido, cronómetro a la vista, que su madre

podía descongelar, sazonar, empanizar dos docenas de camarones y preparar una salsa golf o un mojo frío, exactamente en 27 minutos. Era el tiempo que ella necesitaba para lograr, en la relación con su nuevo amigo, un salto cualitativo desde la gratitud formal, a una cálida complicidad.

Primero, un par de tragos sonrientes, coloquiales. Cuando el visitante ya ha descubierto las fotos casualmente desparrahadas sobre la mesita de la sala, y entre ellas el formidable desnudo de Alicia que parece tomado de un óleo, ella da por terminado el s-1 (así llama al *step number one* de su maniobra seductora) y comienza el s-2.

La foto le da el pretexto para coger al extranjero de la mano y conducirlo a su alcoba, donde tiene colgado el original de un metro veinte por ochenta centímetros, perfil de senos perfectos, sentada en un banquito de cocina, piernas cruzadas, mentón sobre los nudillos, sonrisa expectante, en la posición de quien oye a un interlocutor.

—¿Quién te lo hizo?

—Un novio que tuve.

Explica que el pintor le había tomado varias fotos y por fin se había inspirado en esa. Y de una gaveta saca la foto, ligeramente diferente, pero en la misma postura.

Si el cliente inicia en ese momento alguna ofensiva de labios o manos, ella lo esquiva sin agravio, con una sonrisa. Lo saca por una puerta interior hacia el cuarto contiguo, donde hay una cama de dos plazas, grandes espejos, aire acondicionado, un baño privado, y otro cuadro suyo: un rostro en primer plano, algo estirado sobre la vertical, una onda entre El Greco y Modigliani, nada sexy por cierto.

—¿Y esto?

—Otro novio.

Obligadamente el hombre comenta:

—¿Te especializas en pintores?

Y para esta segunda instancia del plan, Alicia tiene varias alternativas:

Si el cliente puede pasar (al menos ante sí mismo) por buen mozo, Alicia responde con una sonrisa tímida, bien ensayada:

—Más bien me especializo en hombres apuestos.

Si el extranjero es gordo, ella dice:

—Más bien en gordos.

El cliente, que no se espera esa respuesta, se entera de que los pintores de ambos retratos son sendos y fenomenales gordos. El autor del desnudo, de quien ella declara haber estado muy enamorada es, según la foto que ella le muestra, de una gordura tal, que el cliente podría sentirse una sílfide en comparación con él. Y allí aprovecha Alicia para tocarle amorosamente la barriga, la papada, y demostrarle cuánto le gustan los gordos. Divaga sobre cierta fijación con un tío muy obeso, la ternura personificada, que fuera su adoración infantil; y cuando por fin declara que su ideal es un luchador de sumo, el gordo se derrite de gratitud.

Si el gordo es un desinhibido, ella le acepta un primer besito de superficie. Si es un acomplejado, se lo da ella.

Y según que el cliente sea muy flaco, pequeño, viejo o feo, los dos pintores, casualmente, también lo son: y Alicia tiene un surtido de fotos, ya preparadas, que así lo atestiguan. Durante esta etapa del proceso de seducción, Alicia se esmera por convencer al cliente de que sus defectos no son tales, sino virtudes.

Si poco después de esta primera escaramuza, el cliente demuestra no tener problemas de impotencia: si ya en la cama puede sostener una erección prolongada, Alicia le ofrece una clase práctica de baile cubano, especialidad para extranjeros en la que ha introducido audaces innovaciones pedagógicas.

Tiene una teoría muy personal. Según ella, para adquirir ese donaire sensual que caracteriza al buen bailador de música caribeña, conviene ya desde las primeras clases, instruir al alumno en ciertos ejercicios de horizontalidad que ella misma ha diseñado.

Lo esencial de su teoría es que quien haya aprendido a bailar en la cama, y a satisfacción de su pareja, podrá luego triunfar en cualquier pista.

Por lo general, Alicia inaugura la relación con sus alumnos bien dotados, con una cabalgata, sobre una colchoneta en el piso. Y casi todos terminan gimiendo de placer rítmico.

Alicia sostiene que esta pedagogía le permite lograr desde la primera clase, que un alemán, un sueco, y hasta un cosaco, logre quebrar la cintura.

Es obvio que sin quebrar la cintura y mover un poco las nalgas, ningún hombre podrá bailar con gracia la música del Caribe. Pero Alicia ha descubierto que para muchos europeos, herederos de rígidas tradiciones militares, mover el culo no es propio de hombres. Se acomplejan. Y según ella, basta con que lo muevan en una sola sesión, boca arriba, con una bella mujer encima que les palmea el ritmo o les toca las claves. Eso les quita de inmediato el complejo. Se desinhiben para siempre. Y así resultan alumnos mucho más aptos y aprovechados.

Por supuesto, hay alumnos imposibles, que no logran quebrar la cadera ni mover las nalgas. Recientemente, Alicia se enfureció con un gordo que resultara un tronco. Cuando ella le pedía que meneara la pelvis, lo único que el tipo lograba era sacudir un brazo con el codo en alto y, al acelerar la cadencia, a punto ya del orgasmo, el muy inepto le había propinado un codazo en el abdomen.

A veces, los más contemplativos no son capaces de seguir el ritmo. Los inmoviliza la lujuria al verla, por el espejo estratégicamente ubicado, cuando arquea el busto para moverse, o cuando se inclina sobre el piso a su lado, para manipular la grabadora con que da sus clases.

No obstante la cabalgata, Alicia logra menear con soltura todo el cuerpo, excepto las piernas. Y si el hombre le gusta un poco, ella se entrega al baile. Se entrega sin fingimiento. Y se satisface encima de sus clientes. Lo hace sin esfuerzo. Y a ellos los vuelve locos. Estallan de vanidad.

Por supuesto, el hígado de Alicia tiene sus límites. Jamás se relaciona con clientes infumables. Si al primer encuentro en la calle, el tipo tiene rasgos repelentes, no acepta ni montar en su coche.



Con la mayoría tiene, dentro de su casa, un comportamiento standard. Cuando saca a los tipos del segundo cuarto, ya no los lleva de la mano, sino que se les cuelga de un brazo y les deja sentir la turgencia de un seno.

Sí, que sientan el rigor de la materia joven.

Y mientras tanto les refiere, en tono confidencial, que aquella alcoba, con la cama de dos plazas y los atrevidos espejos, está desocupada. La reservan para huéspedes. Hasta dos años antes había sido el dormitorio de sus padres.

—Pero desde que se divorciaron, mamá ya no la usa... Bueno —añade Alicia con seriedad y un desparpajo hechicero—; no la usa para dormir...

Luego salen al jardín, y entre palmaditas a un perro que deja de patrullar el fondo para mirarlos con una lúbrica y relamida bizquera, ella admite unas caricias rápidas, junto al limonero.

Cuando regresan a la sala, Margarita entra casualmente por la puerta de la cocina con una guitarra.

—Dice Leonor que si se la puedes prestar de nuevo el sábado.

—¡Qué remedio! —comenta Alicia resignada, mientras abre el estuche y pulsa las cuerdas.

Y de inmediato canta su primera canción, siempre la misma, de Marta Valdés.

Siguen más tragos y los deliciosos camarones empanizados. Margarita también canta su mismo bolero de los años cincuenta, pero ¡uyyy! se le hace tarde, lamentablemente se tiene que ir...

Cuando quedan solos, puede pasar cualquier cosa. A los clientes con un mínimo de iniciativa, Alicia se los lleva a la cama, y allí actúa según vaya descubriendo sus aptitudes o deficiencias viriles. Pero todos reciben un tratamiento virtuoso.

Por lo general, la primera reacción del hombre satisfecho es invitarla a cenar en La Cecilia, el Tocaroro, o en cualquiera de los buenos y caros restaurantes que frecuentan los extranjeros.

—¡Óyeme bien! —lo interrumpe ella, con una suavidad tajante, de ojos cerrados, inequívocamente autoritaria—; cuando un hombre me gusta, me lo duermo. Y tú me gustaste; pero nun-

ca te aceptaré ir a lugares públicos. No quiero dar una falsa imagen.

Y si alguno intenta ofrecerle dinero, puede hasta montar en cólera:

—Si quieres conservar mi amistad, nunca vuelvas a hacerlo. Por favor, no me ofendas —le dice apuntándole con el índice al pecho—. Lo único que nos queda en este país es la dignidad. Y a mí, el único hombre que me da dinero es mi padre.

—¡Pero, cómo se te ocurre...! —protesta el tipo confundido.

Queda claro, pues, que ni dinero ni invitaciones a lugares públicos. Alicia no irá a restaurantes, hoteles, tiendas... No quiere pasar por jinetera. A veces, hasta tiene que explicar qué es exactamente una jinetera en La Habana. No es lo mismo que una puta, pero muy parecido.

Y el cliente se entera entonces de que Germán, padre de Alicia, ha tenido varios cargos en el exterior, en misiones comerciales cubanas. De niña, Alicia ha vivido ocho años en Europa.

—Además, chico, a mí me duele mucho la situación de mi país —añade mirándolo patrióticamente a los ojos—. Y con los dólares que tú te gastarías conmigo en restaurantes de lujo, una familia cubana come tres meses.

Vaya, que a ella se le atraganta la comida cara. Pero, en fin, si el cliente insiste en agasajarla, con mucho menos, su mamá podía cocinar para diez; y mucho mejor. Y hasta podía llevar invitados, si él deseaba.

Uno de los resultados previsibles (tal como ha ocurrido en seis de los catorce clientes que Alicia embobara en un año y medio con su combinación de nalgas ciclistas, guitarra y franqueza), es que el hombre les haga una copiosa provisión de comidas y bebidas, de las que las dos mujeres, frugales y económicas, pueden vivir muchas semanas. Parte de la remesa la dedicarán a la atención de nuevos clientes; y otra parte se venderá en bolsa negra a precios impíos. Ojo: el hecho de que Alicia no reciba regalos en dinero no impide que los acepte en especie.

Tiene un relojito (siempre el mismo) que se le rompe en presencia del cliente. En dieciocho meses de ejercicio, ya le han regalado ocho relojes, comprados por un total de dos mil doscientos dólares. Le han obsequiado también dos *freezers* grandes, un piano, tres guitarras finas, cinco equipos para disco compacto, una computadora de mesa y otra portátil, una motocicleta (aunque ella sigue pedaleando); y en los meses de calor, ¡coño! ¡otra vez el puñetero aire acondicionado del cuarto se ha vuelto a romper! y ella, encuera, llenándose de grasa, destornillando, fajada con el aire, y el cliente anonadado por la interrupción que la madre ha provocado adrede desde el conmutador de la cocina, y Alicia blasfemando, dándole patadas al trasto de mierda, llorando de impotencia, cuando más lo necesita, coño, y monta en cólera con tanta veracidad, llora con tanta impotencia, rompe con tanta coquetería una loza barata contra el piso, que muy desalmado tendrá que ser el encamado de turno para no aparecerse al otro día con un aparato nuevo.

Ante el cliente ganado a pedal, mimado por su madre, pero que después de recibir las consabidas atenciones anuncia su necesidad de marcharse a atender compromisos, reuniones... e insiste en invitar a Alicia a su hotel, ella se mantiene en sus trece. Finalmente, acuerdan una cena en la casa. El cliente traerá todas las provisiones.

—Y por la noche, si quieres, te puedes quedar a dormir aquí —le dice Margarita, con la mayor naturalidad.

(En verano, esa variante les permite fingir la rotura del aire acondicionado, o el congelador de la modesta neverita soviética. ¡Ay, por tu vida, qué vergüenza contigo!)

Para cenas programadas, en que el cliente quiere ostentar su conquista y propone llevar invitados, la culinaria de Margarita ofrece dos alternativas cosmopolitas, como plato central: la *fondue bourguignonne* (con toda su vajilla pertinente); o la *suprême* de pollo a la Maryland. En realidad, el fuerte de Margarita es el pollo. En cuarenta minutos lo deshuesa, rellena y cose con agujas de madera. Y en olla de presión, lo asa

en otra media hora. Pero eso pertenece al repertorio de lo improvisado.

Algunas veces, cuando el cliente elogia la comida criolla, tal como la ha comido en La Bodeguita del Medio, la madre de Alicia suelta una carcajada de soprano.

—¿Qué dices? ¿Comer bien en La Bodeguita?

Ya ella lo tutea, desde luego; lo palmea, se burla, y lo invita a probar su cocina criolla que, por supuesto, es mucho mejor.

Y hasta cierto punto, lo es.

Sin embargo, como cocinera criolla, Margarita es una fraudulenta. Si el comensal es un europeo o conosureño, Margarita sustituye la yuca con mojo por papas muy bien adobadas; sirve la carne de puerco muy seca, de un atractivo color rosado; prepara un arroz congrí bien desgranado; y lo sazona con muchos ingredientes que no lleva el congrí tradicional. Pero es indudable que logra un sabor de alta cocina, muy suave, ligeramente amaridulce, que todos le elogian.

Suele lucirse también con pastas italianas: *caneloni*, *lasagna*, *fettucini*, *ravioli*, *gnocchi*: y con salsas como *il rago-t bolognesa*, *il pesto*, *le vóngole*, *l'arrabiata*, *la puttanesca*, y cuando los comensales son más de ocho, sale del paso con una paella.

Cuando Alicia atiende clientes tímidos, impotentes, en fin, tipos trabajosos, se esmera especialmente. Cierta fatalismo de su naturaleza le dice que su Prometeo, el que la libere de los apagones y carencias del Período Especial, le vendrá bajo la envoltura de un impotente. Y si a un tipo le falla el hierro cuando ya el prelude de Alicia ha llegado a un tercer grado de estimulación, ella finge una prisa descontrolada, se desnuda para masturbarse un poco, e implora al cliente que aún no se ha desvestido, un cunnilingus que ella combina con maniobras digitales, hasta lograr un orgasmo auténtico, con sacudones, gemidos y mordiscos.

Y si a pesar de eso, el hombre no logra su erección, ella no lo acosa y se le muestra agradecida por su propia satisfacción; pero ante la mínima respuesta favorable, ella se esmera hasta

sacarle la médula. Nunca ha fallado. Y luego, se muestra hiperactiva, feliz, agradecida. Coge de nuevo la guitarra, canta, cocina. El cliente tiene que dejarse arreglar las uñas de los pies, el pelo; dejarse bañar; tolerar que ella lo peine de otra forma, que juegue con su muñequito de loza china, con su pelotico plo-plop.

Alicia aprendió de su madre que muchos hombres tienen vocación de muñeques. De esta variante, Alicia solo ha atendido dos casos (Guido y Jack) y ambos le han propuesto viajes al exterior. Y con ellos descubrió en sí misma una insospechada alma de *geisha*.

De la temible variante de los asquerosos (sodomasoquistas, alcohólicos, pedos en la cama, mal aliento...), afortunadamente, no le ha tocado todavía (y ella toca madera) ni uno solo. Pero si alguna vez, por error, terminara en los brazos de un asqueroso, está preparada para quitárselo de encima con una salida cínica:

—Papi: son doscientos fulas –le dirá. Y en días sucesivos, ya no estará disponible para él. Aducirá compromisos con otros clientes.

VÍCTOR KING, EL HOMBRE APUESTO al que hemos visto en la reunión con el ministro del Turismo, conduce ahora un Chevrolet rojo por las calles de La Habana.

Jan van Dongen, el de la nariz descomunal, lo acompaña. Con fondo musical de salsa, hablan inglés. Van Dongen explica a Víctor las razones por las que cree que el Gobierno cubano va a aceptar su proyecto del turismo vinculado a la búsqueda de galeones hundidos.

—*Shit!* —Víctor lo interrumpe con un rabioso golpetazo sobre el claxon; y con un movimiento de cabeza le señala a cuatro ciclistas que ocupan todo el ancho de la calzada.

—*Look at those assholes.*

Toca otros dos bocinazos. Luego por cuarta vez, y los tipos ni se inmutan. Uno de ellos, que pedalea con indolencia, hace un gesto obsceno con la mano, sin darse vuelta.

—Pa' tu madre... —le grita Víctor, y sigue en español—. ¡Cómo se les ocurre, carajo!

En efecto, los ciclistas no van por su senda sino que ocupan toda la calzada del Malecón.

¡Fuan fuan, fuaaan!

—Ni modo, ¡puta madre!: Mira a los hijos de la chingada; van platicando, como si se pasearan por un pinche parque.

Cada vez que se irrita en español, Víctor se vuelve mexicano

Para adelantarlos, se decide a transgredir la divisoria y acelera con rabia sobre la senda opuesta. Cuando retoma la suya, en vez de alejarse, aminora bruscamente la velocidad y se aparea junto a otra ciclista que, ella sí, avanza correctamente por la senda de las bicicletas. Consciente ya del soberbio accionar de aquellas nalgas que viera furtivamente de perfil, frena, la deja adelantar, y, tan deslumbrado queda, que ni oye los insultos y protestas de los ciclistas desplazados.

Varios meses después de aquella insólita maniobra, que marcaría su vida, Víctor no habría podido explicar sus móviles.

¿Lo hizo por fastidiar a los cuatro güevones? ¿Por demostrarles que obstrucción con obstrucción se paga? ¿Habría querido provocarlos?

Provocar a choferes y ciclistas no era hábito suyo. Ni intercambiar insultos gratuitos.

Un nublado destello de su memoria subliminal le indujo varias veces a preguntarse si el insólito frenazo no habría sido una mera reacción hormonal, un imperativo emanado del fondo de sus testículos, cursado desde el cerebro al pedal en milésimas de segundo. Recordaba incluso que tardó mucho en darse cuenta de por qué los cuatro pendejos se le habían atravesado. ¡Claro! Con semejante culo adelante, ninguno quiso alinearse sobre la senda de los ciclos. Y en cuanto su coche les vedó el espectáculo, los dos de la derecha se apretaron hacia el otro lado.

—*Of course*, yo hubiera hecho lo mismo —comenta Jan.

Víctor sigue encandilado con el subibaja de las nalgas sobre el sillín.

—¡Santo Dios! ¿Crees que sea una puta?

—No creo. Parece una estudiante.

La nariz descomunal se le frunce al hablar.

—Hmmm... En todo caso, me gustaría mucho acceder a un culo como ese, Jan...

Víctor vuelve a acelerar y se le pone al lado.

La muchacha, una rubia de piel muy quemada por el sol, tiene además un hermoso perfil.

Cuando Víctor baja el cristal y le dirige su primera sonrisa de Alain Delon, ella lo mira sin aparente interés.

Pedalea con decisión. Tiene senos firmes y labios excitantes. A la espalda se le bambolea una regla  $\tau$  y dos rollos de cartulina.

Cuando va llegando al Hotel Riviera, ella apresura su marcha, saca la mano, para indicarle que va a ocupar la senda izquierda, y se le ubica exactamente adelante, a la espera de posicionarse para doblar a su izquierda.

—¡Madre mía, qué es esto!

Las puntas de las nalgas sonrosadas, mórbidas, redondas, desbordan del sillín por ambos lados. Hacía mucho tiempo que Víctor no sentía una erección callejera.

Cuando ella dobla hacia el frente del hotel, los cuatro ciclistas siguen de largo por el Malecón. Alguien le grita un piropo soez. Se oyen risotadas.

Víctor piensa muy rápidamente. Aquellas nalgas que el tránsito habanero le ofrece inopinadamente pueden ser exactamente lo que tanto necesita. Y como no hay peor gestión que la que no se hace, la seguirá adonde vaya.

El abordaje callejero no es su estilo, pero lo intentará.

Frena y dice a Van Dongen:

—Discúlpame Jan, pero no quiero perder esta oportunidad. Por favor, apéate. Por aquí hay muchos taxis...

—*No problem* –sonríe divertido el narizón–. *And good luck!*

Jan se apea y se aleja de regreso hacia el Riviera.

La bicicleta ha doblado por la calle 3.<sup>a</sup> y Víctor la pierde de vista. Acelera y vuelve a verla, cuando se interna por la próxima bocacalle a la izquierda. El Chevrolet rojo la sigue otra vez a unos 20 metros.



Víctor mira la hora, coge su teléfono celular y marca rápidamente un número.

—¿Margaret? Sí, soy yo. Por favor dile a Karl Bos que no podré ir a la cita. Me siento mal. No, tranquila, nada grave, dolor de estómago, un poco de fiebre. Eso es. Pídele que fije una nueva cita... Okey, gracias...

Cuando la bicicleta está a punto de cruzar la próxima calle, Alicia se inclina, quita el pasador y el pedal se desprende. Ella se deja caer al suelo boca abajo; pero al tratar de levantarse rápidamente, queda ahora con un pie entre el cuadro, una mano sobre el manillar y la otra apoyada en la calzada. Aquella postura le permite una impresionante exhibición de su retaguardia.

Víctor se apea obsequioso y corre a ayudarla.

—¿Se ha hecho daño, señorita?

Alicia ya se ha erguido. Tiene el pedal en una mano y una tuerca en la otra. Y lo mira furiosa, como si él fuera el culpable:

—¡Trasto de mierda!

Le da una patada rabiosa a la bicicleta y rompe a sollozar.

—Cálmese, joven. Permítame ayudarla.

Alicia le da la espalda y se pone las manos en la cintura para doblarse con las piernas tías e inspeccionar el estado de sus rodillas. Ante la nueva exhibición de glúteos, Víctor se muerde los labios...

Sin darse vuelta, Alicia refunfuña:

—¿Y cómo me va a ayudar? Cuando esta porquería se atasca, siempre me quedo a pie...

—Permítame acompañarla, puedo meter su bicicleta en el maletero.

Alicia se da vuelta y lo mira, sorprendida:

—¿Cabe ahí?

—Perfectamente...

—¿Y hacia dónde usted va?

—Adonde usted mande —y le dedicó otra sonrisa de Alain Delon.

Ella no llegó a sonreír. Con la discreta aprobación de la Mona Lisa, le practicó un examen visual, de la cabeza a los pies, sin prisa, con un demorado alto en la entrepierna.

—Gracias —le dijo por fin, con un gesto de alivio.

Y Víctor volvió a sonreír, seguro de haber aprobado el examen.

CUANDO UN CLIENTE NO LE RESULTABA PRODUCTIVO en las primeras cuarenta y ocho horas, o anunciaba marcharse del país en breve, al otro día, Alicia salía disciplinadamente a pedalear.

Como hembra había sido muy precoz. A los quince años tenía un cuerpazo, ojos muy azules, nariz de sensitivas aletas y esa piel dorada que hace de las rubias caribeñas algo tan o más sexy, a veces, que las famosas mulatas.

Alicia se enamoró de su profesor de educación física, un negro escultural; y consumida por un deseo que ya no podía reprimir, lo forzó a poseerla sobre un colchón del gimnasio.

—Así es la vida —comentó la madre resignada.

Ya ella lo sabía, coño. De tal palo...

—Y ya que estás en eso, aprende. Mira...

Y Margarita la instruyó, casi con más envidia que amor de madre, hasta donde ella podía instruirla. Y ya que había dejado de ser niña, le confesó lo de su padre y ella. Él tenía amantes. Margarita sufrió mucho. Adoraba a Germán; pero primero muerta que perder su dignidad. Y se consiguió un tipo, y otro, y otro. Cuando Germán lo supo, la dejó. Le dijo que había hecho algo imperdonable.

—Él sí podía; yo no. ¿Te das cuenta? —comentó con rabia y distancia en la mirada.

En cuanto a la determinación de prostituirse, de «putear», como decía Alicia sin eufemismos ni drama, Margarita tenía la conciencia tranquila. La idea había sido de Alicia. Original. Suya. Y la había concebido a los 21 años, con mayoría de edad, cuando ya era una hembra hecha y derecha; y en algunas cosas, mucho más madura que su madre. Y con unos cojones más grandes que los de Antonio Maceo. ¡Por tu vida! ¿De dónde habría sacado la niña aquellas espuelas?

No; ningún cargo tenía en su conciencia de madre. Ni le remordía el haberla ayudado con tanto entusiasmo. La propia Alicia le había confesado que, mientras no fuera con tipos desagradables, el ejercicio de la putería le gustaba, era estimulante, divertido.

¡Qué otra cosa podía hacer Margarita! Como contribución adicional, había sacrificado a Carlos, su último querindango, que hacía unos meses vivía con ellas en la casa. Una lástima. Era bueno en la cama, tranquilo, suficientemente enamorado para complacer a Margarita en todo lo que estuviera a su alcance, y sin jamás haberse puesto a joder con reclamos de atención y escenas de celos. Pero era tan poco lo que podía ayudar...

Y lo botó sin explicaciones.

—¡Nada! Que me cansé y punto. ¡Dale! Recoge y vete.

Evidentemente, Carlos sobraba para el proyecto de Ali; proyecto razonable, por otra parte; y ya que así lo había decidido la niña, manos a la obra. Y sin demora; porque aquel culo, la piel de veintitrés años y sus agallas, no le iban a durar toda la vida.

El recurso de ofrecerse pedaleando, y buena parte de las artimañas para seducir y esquilmar clientes, habían sido creatividad de la propia Alicia; pero Margarita, como Isabel de Castilla, había creído en el proyecto, y vendió su última joya para adquirir una bicicleta en dólares.

—Ahora o nunca —había dicho Alicia cuando fue a comprarla.

«Por su culpa...», se dijo Margarita, y recordó con inquina a su exmarido. Y a Gorbachov, el calvo hijueputa ese, que había venido a joderlo todo.

De no haber ocurrido el colapso de la Unión Soviética, en Cuba no habría Período Especial. Quizá Alicia hubiese terminado su carrera; y seguramente se habría conseguido un marido dirigente, tecnócrata o artista, como era su aspiración juvenil. Pero ya en el 94, cuando la crisis afectaba los estómagos, los pies, la conciencia, hasta ahí llegó el patriotismo de Alicia y escogió hacerse puta.

—¡Sí, puta, puta! ¡Claro que sí, chica! —había insistido la niña.

Generalizados los apagones y la distribución de un panecillo por persona, Alicia hizo varios intentos honestos por conseguirse un extranjero rico, que la sacara del país y la pusiera a vivir como ella quería. Aducía tener una sola vida y gustos caros. Y esos gustos quería dárselos en esta única vida y cuanto antes.

En dos ocasiones, durante los años 94 y 95, sus intentos honestos estuvieron a punto de dar resultados, pero a último momento fracasaron.

Llegó, pues, el día en que Alicia decidió hacerse puta.

Ni un discurso más: si veía a Fidel en el televisor, lo apagaba. Al carajo con la moral y los principios. Sí, puta.

Margarita tuvo que estar de acuerdo. No hubiera podido impedirselo. Y con profusas lágrimas reconoció que de haber tenido veinte años menos, ella habría hecho lo mismo.

—Pobre hija mía...

—¡Qué pobre ni un carajo! A llorar a la iglesia.

Ni Alicia ni la madre habían sido nunca gusanas.

Margarita, nacida en el 48, había estudiado pintura en San Alejandro durante la década de los sesenta, y luego, un par de semestres de la Licenciatura en Historia del Arte. Siguieron el matrimonio y los viajes. Con Germán, funcionario de Comercio Exterior, casi dos décadas mayor que ella, había vivido cinco años en Bélgica y tres en Inglaterra. Margarita provenía de la vieja burguesía habanera; pero, por seguir a Germán, hombre viril, hermoso, patriota y fidelista, había desertado de su

familia ricachona, emigrada a Miami desde 1960, y había acompañado sinceramente el proceso revolucionario. Siempre desde posiciones muy cómodas, claro; pero lo había acompañado.

Al regreso, había trabajado en un museo, y desde hacía diez años en el Ministerio de Comercio Exterior, como secretaria primero y en protocolo después. En aquel ambiente liberal y cosmopolita del trato con extranjeros, Margarita se encontraba en su medio. Y aunque durante muchos años se tuviera por revolucionaria, su patriotismo y convicciones flaquearon cuando en el 91 Germán la dejó por otra, veinte años más joven.

Desde entonces, Margarita y Alicia perdieron muchos de los privilegios que emanaban de él. Eso sí, les dejó la casa de Miramar, con dos plantas, cinco cuartos, antejardín, patio trasero con árboles, garaje, y el viejo Triumph que trajeran de Inglaterra, fundido irremisiblemente desde hacía dos años.

Así pues, mientras Alicia no tuviera un cliente fijo a quien dedicarse durante varios días, salía a cazar en bicicleta. Y en tanto no enganchara a nadie, pedaleaba siete días por semana, de diez a doce y de cuatro a seis.

Su técnica era única en La Habana.

Y la prueba de que daba resultados es que, a pocos meses de haberse iniciado, había obtenido ya cuatro propuestas en firme para una relación estable en el exterior: Panamá, Argentina, Alemania, Italia.

El panameño era riquísimo y buen mozo, pero se le adivinaba el déspota y olía a maffia; el alemán, más rico todavía, pero demasiado viejo y muy matraquilloso; el argentino, un niño bien, un poco loquito, heredero, empresario, pero inmaduro y muy lleno de reclamos. De los cuatro, ella hubiera escogido al italiano, pero no tenía suficiente dinero, era muy gordo y bastante zonzos.

Tenía que seguir pedaleando.

EN UN CUARTO MUY DESORDENADO, sobre improvisados estantes de madera y desparramados por el piso, hay varios ventiladores, una cocina eléctrica, un refrigerador, guitarras, bicicletas, una moto...

Margarita, con un delantal y guantes de goma, alza un poco las piernas para caminar en medio de los trastos, y mirar una etiqueta pegada a un equipo de aire acondicionado...

—Este es un Westinghouse, y te lo puedo dejar en mil...

Un mulato cuarentón que viste camisa floreada, con cadena de oro al cuello, sombrero blanco de alas cortas y un puro en la boca, se lleva una mano aparatosamente a la cabeza.

—Y ese otro en 800...

—No seas genocida, Margarita, no nos lleves tan recio...

—Sí, chica —añade un rubio joven, fortachón de grandes bíceps—, no nos machaques, fíjate que te vamos a comprar los dos...

Margarita, muy segura de sí, replica amigablemente:

—¡Qué va, mi vida! Mil ochocientos por los dos o nada...

Se oye un coche llegando. Margarita se asoma a una ventana para observar.

—¡Coño! Viene Alicia con una visita, y yo no tengo nada preparado...

Se dirige rápidamente a la sala, coge una guitarra y la guarda en un trastero. Luego abre un mueble, saca una foto con un desnudo de Alicia, y la dispone bien en evidencia sobre una mesita redonda mezclada con otras fotos. Echa un vistazo a las existencias del bar, verifica al trasluz el contenido de una botella oscura y pasa a la cocina.

Abre la nevera, traslada unas botellas de cerveza desde el estante de la puerta al congelador, donde introduce también un par de vasos. De allí mismo saca unos langostinos y los pone a descongelar en un horno de microondas. Abre un pomito de plástico, vierte el contenido en una cazuelita y la pone a fuego lento.

Se acerca a otra ventanita, mira ansiosamente hacia afuera y murmura algo ininteligible.

Cuando regresa junto a los dos hombres, el mulato está terminando de contar el dinero.

—ok, aquí tienes los mil ochocientos. ¿A cuánto me dejas la moto y la nevera?

—No, no me des dinero ahora, que no tengo tiempo ni para contarlo... Vengan por la tarde o mañana de mañana. Dale, salgan rápido por el fondo.

Los hombres se marchan y Margarita cierra la puerta del patio. Corre una cortina, se quita sus guantes y su delantal. Yergue la cabeza, alza un poco las manos, y con un andar de *lady* elegante, se encamina hacia la puerta. De paso ante el espejo de la sala, vuelve a inspeccionarse aprobatoriamente.

Margarita abre la puerta para recibir a Alicia en el mismo momento en que Víctor termina de sacar la bicicleta del maletero. Alicia la coge por el manillar y se acerca, con el pedal en la otra mano. Cuando ingresa al pequeño jardín delantero, su madre inicia sus programados reproches.

—Ya yo sabía que te iba a dejar a pie. Deberías botar ese trasto y pedirle a tu padre que te compre una moto...

—Mi mamá..., Víctor... —presenta Alicia.

—¡Uyy! ¡Alain Delon! —exclama Margarita, sin prestarle atención—. Y tú eres muy cabezona, ya estoy cansada de decirte...



—¡Ya, mamá, basta! —protesta Alicia—. Uff..

—Perdón, señor, adelante, pase, por favor —se disculpa Margarita, y volviéndose a Alicia—; pero tú deberías pedirle a tu padre...

—¡Mamaaaá, no jodas más! —y mirando malhumorada a Víctor—: Está encarnada con que me tengo que comprar una moto. ¡Como si fuera tan fácil!

Ante los clientes, Alicia enfatizaba el desenfado de su vocabulario. Dos mujeres elegantes que sepan decir oportunas palabrotas, lucen emancipadas, liberales, chic. Ninguna mujer de origen humilde dice palabrotas ante un desconocido al que quiere agradar. Y a todo extranjero, habituado al vasallaje innato de las prostitutas del Tercer Mundo, aquel desenfado de las cubanas los sorprende y luego los cautiva.

—Usted no es cubano ¿verdad?

—No, señora, canadiense.

—¡Pero habla perfecto el español! Yo hubiera dicho que era mexicano...

Pasan a la sala.

—Sí, mi señora: he vivido muchos años en México. Es mi segunda patria.

—¡Qué envidia! Verá usted, una vez, mi marido...

—Ay, mami, tu vida se la cuentas después. Ahora invítalo a un trago. Yo necesito una cerveza. Tengo la garganta reseca. Y Alicia desaparece en la cocina.

—Por favor, siéntese —lo invita Margarita y le indica la butaca frente a la cual dispuso la foto del desnudo—. ¿Qué le gustaría beber? ¿Un refresco? ¿Algo fuerte?

Víctor no se decide.

Ella observa la estantería del bar y ofrece, como si fuera lo más natural:

—¿Ron, coñac, whisky, vodka, gin, cerveza...?

Ignora si su nuevo visitante estará ya al tanto, de que muy pocas casas cubanas, donde viven muchachas que montan en bicicletas chinas, disponen de un surtido semejante.

—Bueno..., también una cerveza. Gracias, señora.

Mientras las dos mujeres permanecen en la cocina, Víctor observa los detalles de la sala: muebles de estilo, originales de pintura cubana, un cortinado elegante, adornos de buen gusto.

Alicia regresa con una bandeja, dos botellas de cerveza y sendos vasos.

En ese momento, Víctor descubre lo que inevitablemente tenía que descubrir: la foto del desnudo. Frunce el ceño. Luego sonríe.

—¡Híjole! ¿Eres tú, no? —y con la foto en la mano la observa más de cerca.

—Sí, es tomada de un cuadro —se ríe Alicia, mientras destapa las botellas y se dispone a llenar los vasos.

—Para mí está bien en la botella, gracias. ¿Así que tomada de un cuadro...?

Alicia se empuja un larguísimo trago de cerveza, suspira satisfecha, deja el vaso sobre la mesa y le tiende la mano.

—El cuadro arriba. Ven que te lo enseñe.

Víctor coge su botella y se deja conducir escaleras arriba. Por cierto, una bella casa.

¿Quién sería aquella extraña muchacha?

De momento, una hembra monumental, que se comporta con una rara autenticidad (patadas a la bicicleta, coño, mamá no jodas) y una elegante desenvoltura. También se lo pareció su madre; un poco chiflada, pero con clase.

Durante el trayecto, Alicia había despotricado contra el transporte habanero y lo harta que estaba de moverse a dedo, o lidiar el drama mecánico de su bicicleta.

Sobre la pared de la escalera, en espiral, colgaban unas telas; entre ellas la de un gallo polícromo, onda Mariano. ¿Un original?

Al entrar en una habitación, cama destendida, mesa de dibujo repleta de papeles, destacaba sobre la cabecera el gran desnudo de Alicia que viera en la foto.

—Hmmm, excelente —apreció Víctor, y pasó la mano sobre un pezón.

Ella soltó una risita pícaro.

—Nada más que para palpar la textura –simuló disculparse—. ¿Hecho en Cuba?

—Sí –dijo ella, rebuscando algo en un cajón del escritorio.

Media hora después, tras haber visto el otro cuadro en la habitación de los espejos, informarse de que Alicia no era exactamente especialista en pintores sino más bien en hombres apuestos; tras saborear la humedad de sus labios furtivos; sentir un seno demoledor sobre el brazo; haber dado cautas palmaditas a un perrazo bizco; enterarse de que Leonor había devuelto la guitarra; oírle a Alicia una canción de Marta Valdés y el bolero *Dos gardenias* a Margarita, probar unos camarones enchilados, sonreír ante los infaltables comentarios sobre su pinta de Alain Delon y su acento de Jorge Negrete, explicar su nacionalidad canadiense, sus veinticinco años de residencia en México, sus estudios en los EEUU, tomarse otra cerveza, despedir a Margarita a quien ¡uyyy! se le hacía tarde para su cita con el dentista, y enterarse de que aquella era su casa, Víctor recibe el primer beso prolongado, prolongadísimo y ardiente.

Sin interrumpir el beso, ella detecta y evalúa con la mano su inmediata turgencia; se la aprueba con los ojos y un movimiento de cabeza, y comienza a desabrocharse la blusa. Pero él la detiene suavemente y se la vuelve a abrochar, con calma.

—Ahora, no. Los langostinos me han abierto el apetito. Primero vamos a cenar. Ayer descubrí un restaurante nuevo...

—*I'm sorry*, pero no puedo. Esta misma noche tengo que conseguir un mecánico que me arregle la bicicleta. Si no, no tengo cómo ir mañana a la facultad..

Víctor saca de la cartera unos dólares e intenta ponerlos sobre la mesa.

Alicia lo mira furiosa:

—Hazme el favor, guárdate eso. Yo no le recibo un centavo a nadie. ¿Quién te has creído que soy?

Víctor se muestra muy confundido:

—Perdóname, yo no quise... Solo pretendía que pudieras comprarte otra bicicleta... para poder salir juntos esta noche.

—Óyeme bien: en este país, lo único que nos queda es la dignidad...

Y mientras Alicia inicia el archimemorizado exordio, introductorio de su arenga ético-sentimental-revolucionaria, Víctor hace un gesto de darse por vencido, se mete la cartera en el bolsillo y le pone dulcemente una mano sobre los labios.

—ок, de acuerdo, admiro tu posición, pero por lo menos acéptame cenar juntos...

—Tampoco te acepto eso. Me da vergüenza y me pone triste.

—No entiendo.

—¡Claro! Como tú vives en la luna... —y con una mirada lacrimógena—: ¿No comprendes, coño, que con lo que te vas a gastar en una cena conmigo, una familia cubana compra comida para dos meses? Me resultaría indigesto aceptar... Inmoral...

—Entonces, vamos a mi casa. Yo mismo te preparo algo, más tarde regresamos por la bicicleta y te llevo a lo del mecánico.

Alicia lo mira pensativa y se muerde el labio.

—Decídate, verás que no cocino mal. Pasaremos un buen rato.

Y por obedecer al llamado del destino, esa tarde Alicia quebrantó la norma de no dormir fuera de su casa.

Desde el comienzo de su ejercicio, nunca lo había hecho.

Por supuesto: nunca un Alain Delon de 37 años le había ofrecido cocinar para ella.